

CONTINUAN LOS LABORISTAS

COMO se esperaba, Clement R. Atlee continuará en el poder y ha reorganizado ya su ministerio, que, salvo media docena de cambios, es igual al que ha gobernado en Inglaterra durante casi cinco años.

Con su equipo ministerial modificado, Clement R. Atlee procurará realizar su obra de gobierno todo el tiempo que se lo permita el escaso margen de siete votos de mayoría con que contará en la nueva Cámara. Nunca como ahora necesitará el primer ministro inglés demostrar sus dotes de conciliador, de árbitro, de mediador que caracteriza sobre todo su personalidad. Atlee es, en efecto, el hombre del término medio, y por serlo presidió el anterior gobierno laborista y preside el actual, en el que hay personalidades más fuertes que la suya, pero cuya fuerza se anula en el choque con otras de igual vigor.

Atlee representa en su partido la ponderación, el equilibrio, cualidades que le han de ser preciosas en la nueva Cámara. También en el seno de su nuevo gobierno, donde se manifiestan dos tendencias: una decidida a renunciar momentáneamente al programa de nacionalizaciones y otra resuelta a proseguirlo sin interrupción. Quienes defienden la primera —y Atlee comparte tal opinión— creen que no debe someterse a una presión excesiva de realizaciones socialistas una Cámara en la que se cuenta con mayoría tan precaria. El régimen parlamentario inglés es ciertamente un régimen de mayoría, pero también de compromiso, y éste es tanto más obligado cuanto más exigua es la mayoría. Los elementos moderados del Partido Laborista creen ver, además, en el resultado de las elecciones una advertencia para que se realice una política prudente, sin forzar las reformas socialistas.

Por el contrario, quienes abogan por la continuación del programa de nacionalizaciones consideran que tal resultado electoral les obliga precisamente a ello, puesto que les ha dado una mayoría parlamentaria, aunque escasa. Añaden que lo que interesa al Partido Laborista es cumplir su programa, o dejar el gobierno si no lo puede cumplir, pero nunca aceptar la inactividad o la función de consolidar las conquistas anteriores, papel que co-

rresponde en realidad a los conservadores. El representante más destacado de esta tendencia es Aneurin Bevan, el ministro de Salubridad que realizó la obra más audaz de las logradas por los laboristas: la socialización de los servicios médicos dentro del plan de los seguros sociales. Esta gran reforma social, que tantas protestas levantó en un principio, ha sido, en definitiva, la que mayor adhesión ha encontrado en las clases populares. Su realizador, Aneurin Bevan, parece destinado a ejercer gran influencia en el porvenir inmediato, en la política del Partido Socialista. Pero la del gobierno sigue dirigida por el prudente Atlee, que no se lanzará ciegamente a realizar desde el poder una obra que pueda hacerle perder su precaria mayoría parlamentaria.

BIDAULT ANTE UNA GRAVE SITUACION

Francia atraviesa en estos momentos una gravísima crisis, que amenaza profundamente su vida económica. Una serie de huelgas paraliza sus principales industrias y crea un estado de grave inquietud. En el movimiento intervienen factores sociales y factores políticos. A las peticiones obreras de aumento de jornal se unen otros objetivos de muy distinta índole. El movimiento obrero se desencadenó al restablecerse el régimen de negociación directa entre obreros y patronos para fijar los salarios, que había estado suspendido durante diez años. Los sindicatos presentaron sus demandas de aumentos de salarios, que van de un 25 a un 50 por ciento, y en algunos casos llegan al 75 por ciento, y al no ser aceptadas declararon la huelga. Pero este movimiento fué aprovechado por los comunistas, que utilizan las reivindicaciones obreras para conseguir otros fines: impedir el envío de armas a Indochina y la llegada a Francia de armamentos norteamericano, destinados al sistema defensivo del Pacto del Atlántico y, finalmente, hacer fracasar el plan Marshall.

Los sindicatos no comunistas de la Fuerza Obrera y de la Federación de obreros cristianos se oponen naturalmente a estas finalidades comunistas, pero apoyan las solicitudes de aumentos de jornales. Por ello, las votaciones para las huelgas, cuando tales demandas no son satisfechas, alcanzan cifras muy superiores a la fuerza de los

comunistas en los distintos oficios.

El movimiento huelguístico se ha extendido principalmente en la industria siderúrgica, que es la que tiene mayor aplicación bélica. Algunas de dichas industrias están nacionalizadas y la demanda de aumento de jornales se dirige, por lo tanto, al propio gobierno, que, de acceder a ella, se encontrará con un importante déficit en los presupuestos del Estado.

El gobierno Bidault, que, desde que salieron de él los socialistas, es minoritario en el Parlamento, está tratando de hacer frente a esta grave situación, cuidando de mantener el orden y asegurar los servicios públicos, al mismo tiempo que busca una solución al problema obrero en lo que tiene de reclamación justa.

No patrocina el gobierno un aumento de salarios en la proporción solicitada por los sindicatos, porque ello provocaría la inevitable alza de precios, y se entraría en el círculo vicioso de la inflación. Lo que el gobierno aceptaría es un aumento moderado de jornales que no provocase tales consecuencias económicas, pero los sindicatos rechazan esta solución. Por otra parte el gobierno se propone establecer un sistema de conciliación y arbitraje para resolver las demandas obreras, y restringir las huelgas, mas acaso para tal medida no tenga mayoría en la Asamblea Nacional. No podrá contar para ello con los votos de los socialistas, que han abogado, además, por un aumento general y amplio de salarios.

El gobierno Bidault está sometido de nuevo a una dura prueba. Al problema de orden público y a la difícil situación social y económica se une, pues, el peligro de una crisis política, cuyas consecuencias podrían ser gravísimas.

ESPERANZAS EN FORMOSA

El generalísimo Chiang Kai Shek ha vuelto a asumir la presidencia de la República China, después de unas extrañas vacaciones, iniciadas hace poco más de un año, durante las cuales fué sustituido por Li Tsung-yen. Era éste vicepresidente y pasó a ocupar interinamente la presidencia, confiado en que podría concertar una paz con los comunistas. No hubo tal paz, sino la pérdida por los nacionalistas de todo el territorio continental chino. Los restos del régimen nacionalista se re-

fugieron en la isla de Formosa, reducto final del gran país perdido. Li Tsung-yen no llegó a pasar a la isla. Desde Chengtú, última capital en el Continente, marchó a los Estados Unidos, para someterse a una operación quirúrgica. Hace de eso cuatro meses.

La situación en Formosa era difícil. Se temía de un momento a otro la invasión. Se confiaba, sin embargo, en la ayuda norteamericana, pensando en el valor estratégico que tiene la isla en la cadena avanzada de la defensa del Pacífico. Pero una categórica declaración de Dean Acheson destruyó tal esperanza.

Inmediatamente después de tal declaración la Sra. de Chiang Kai Shek abandonó los Estados Unidos —en donde continuó el presidente Li Tsung-yen— y marchó a Formosa a reunirse con su marido.

Mientras tanto se ha ido viendo que la situación de Formosa no era tan desesperada como se había creído. La marina y la aviación permanecían fieles al gobierno nacionalista y parecían hallarse en condiciones de impedir una invasión. La intentada por los comunistas en la isla de Hainan pudo ser frustrada. El ejército leal en Formosa parecía eficiente. Chiang Kai Shek creyó posible la resistencia —y hasta anunció el ataque.

Entretanto cambiaba también la situación política en el Extremo Oriente: oposición de los Estados Unidos y la URSS en el reconocimiento del régimen de Indochina, alianza de Mao Tse-tung, el jefe comunista chino, con el Kremlin.

A la vista de estos nuevos factores políticos ¿sería posible ahora la ayuda que antes se negó a los nacionalistas chinos? En todo caso, había que dar una dirección resuelta a su política para tratar de conseguir. En Formosa alumbraba una chispa de esperanza. Se pidió a Li Tsung-yen que fuese a ocupar su puesto presidencial. Li Tsung-yen continuó en los Estados Unidos. Y Chiang Kai Shek, para tratar de aprovechar aquella chispa de esperanza, ha vuelto a la presidencia que abandonó hace trece meses.

Se discute ahora la legitimidad de su retorno. Pero en Formosa, seguramente, más que una cuestión de derecho se ha tenido en cuenta una cuestión de presencia. Ahora no faltará seguramente un mandarin que afirme que el derecho también está de parte de Chiang Kai Shek.